

Ron Rash

Un pie en el paraíso

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos

*El autor quiere dar las gracias a Marlin Barton, Frye Gaillard,
Tom Rash, Amy Rogers y Robert West por su valioso apoyo
durante la escritura de este libro.*

Para Bill Koon

*Con un pie en el paraíso,
miro hacia el otro lado.
El gran día del mundo se acaba,
y qué extraños esos campos que hemos cultivado
durante tanto tiempo con semillas de amor y odio.*

EDWIN MUIR

EL SHERIFF

Había tenido lugar un altercado al norte del estado, en un bar de carretera llamado La Frontera, y Bobby vino a mi casa porque no se atrevía a ir solo hasta allí. No podía culparle por ello. Una insignia, especialmente la de ayudante, puede no ser suficiente en algunas ocasiones. El lugar estaba frecuentado por una clientela ruda y violenta, cachorros procedentes de Salem y Jocassee compartían jaula con muchachos que bajaban desde Carolina del Norte. Esos eran los altercados habituales, los de muchachos de Carolina del Norte que peleaban con los de Carolina del Sur.

Yo había empezado a leer un buen libro sobre los indios che-roquis, pero en cuanto Bobby llamó a la puerta supe que aquella noche ya no leería ni una línea más.

—Espérame en el porche fumando un pitillo —le dije—. Me visto en un minuto.

Janice no abrió los ojos cuando entré en el dormitorio a coger los zapatos y el uniforme. La lámpara seguía encendida, y a su lado, en la mesilla, había un libro titulado *Historia de Charleston*. Miré a Janice, con sus pómulos marcados y sus gruesos labios, y la silueta de sus pechos bajo el camisón, y a pesar de todo lo que había ocurrido —y de lo que no había ocurrido— durante nuestro matrimonio sentí que el deseo crecía en mi interior igual que un mal hábito del que uno no consigue librarse. Apagué la lámpara.

Bobby y yo seguimos la carretera en dirección a las montañas. Las luces de las pocas granjas que dejábamos atrás estaban

apagadas y ni siquiera la luna brillaba en el cielo. La oscuridad, profunda y silenciosa, se aplastaba contra las ventanillas, y no pude evitar pensar en el futuro, cuando la mayor parte de esta tierra quedase sumergida bajo las aguas.

—Uno se siente solo en noches así, sheriff —dijo Bobby, como si me hubiera leído la mente.

Bobby encendió un Chesterfield, y su cara se iluminó durante un instante antes de volver a sumirse en la oscuridad.

—Es difícil espantar a los fantasmas en una noche como esta —dijo Bobby—; al menos eso es lo que siempre decía mi madre.

—¿De modo que hay más cosas entre el cielo y la tierra de las que imaginamos?

—¿Qué? —dijo Bobby.

—Espíritus. ¿Crees en ellos?

—Yo no he dicho eso. Simplemente he recordado lo que decía mi madre.

La pelea había terminado cuando Bobby y yo llegamos a La Frontera. Las víctimas estaban repartidas por las escasas sillas que habían quedado en pie después del altercado, aunque algunos seguían tirados por el suelo entre botellas de cerveza, colillas de cigarrillos, sangre y dientes. Era lo más cerca que había estado de la guerra desde que regresé del Pacífico. Les enseñé la placa. Después atravesé el campo de batalla y me dirigí a la barra.

—¿Cómo empezó todo esto? —le pregunté a Bennie Lusk.

Bennie sostenía la fregona a la espera de que los últimos hombres que estaban tendidos en el suelo se levantaran para poder limpiar la sangre y la cerveza.

—¿Que cómo empezó? —preguntó Bennie.

Movió la cabeza señalando la esquina donde Holland Winchester estaba despatarrado en una silla, como un boxeador descansando entre dos *rounds*, un boxeador en plena pelea con Jersey Joe o con Marciano. Holland tenía la nariz hinchada y torcida hacia un lado de la cara y una brecha abierta en mitad de la frente como un tercer ojo. Sus puños, heridos e hinchados, descansaban apretados sobre la mesa. Llevaba puesto su uniforme, y, de no haber sabido que Holland estaba sentado en un bar de carretera en Carolina del Sur, de no haber visto los carteles encendidos de

Falstaff y de Carling Etiqueta Negra brillando en las paredes del local, cualquiera habría pensado que aún estaba en Corea esperando en la enfermería a que le cosieran y vendaran las heridas.

—¿A cuánto crees que ascenderán los daños? —le pregunté a Bennie.

—Con 10 será suficiente.

Bobby y yo nos acercamos a Holland.

—Sheriff —dijo, mirándome con la cara destrozada—, parece que ha llegado tarde para unirse al jaleo.

—Eso parece —asentí—. Tú, sin embargo, te has llevado una buena ración.

—Sí —advirtió Holland—. A veces, cuando un hombre sufre por dentro, una buena pelea puede ayudarlo a sentirse mejor.

—No entiendo a qué te refieres —repuse—. Lo único que sé es que has causado unos buenos destrozos en el establecimiento del señor Lusk.

—Eso parece, sí —observó Holland mirando a su alrededor como si acabara de darse cuenta.

—Sé lo que es regresar de una guerra —comenté—. Hace falta tiempo para reintegrarse. Dale 10 dólares al señor Lusk y ahí queda todo.

—No hay problema, sheriff —convino Holland.

—La próxima vez acabarás en la cárcel —dije sonriendo, pero mirándole directamente a los ojos para que supiera que hablaba en serio.

—Eso ya lo veremos —replicó Holland.

También él sonrió, pero sus oscuros ojos castaños se habían vuelto tan fríos e inexpresivos como los míos.

Se sacó del bolsillo una bolsita de cuero y un rollo de billetes y los dejó sobre la mesa.

—Ahí tienes, ayudante —dijo Holland mirando a Bobby mientras sacaba un billete de 5 y otros cinco de 1 dólar—. Llévale ese dinero a Bennie.

Bobby se puso rojo.

—Yo no recibo órdenes tuyas —contestó Bobby.

Por un instante estuve a punto de esposarlo, pues estaba tan seguro como de que hay sequía en agosto de que pronto tendría-

mos otro encontronazo con Holland y esa vez él no vendría por las buenas.

—Llévale el dinero a Bennie —ordené.

Bobby estaba que echaba humo, pero cogió los billetes.

Holland se guardó el resto del dinero en el bolsillo.

—Mire esto, sheriff.

Holland abrió la bolsita de cuero y la sacudió hasta vaciar su contenido sobre la mesa. De ella cayó una Estrella de Oro y después otra cosa.

—¿Sabes lo que son? —preguntó Holland, mientras volvía a guardar la Estrella de Oro en la bolsa.

Miré lo que parecían ocho higos secos. Sabía lo que eran en realidad, pues había visto ese tipo de cosas en el Pacífico.

—Sí —le dije a Holland—. Sé lo que son.

Holland asintió.

—Eso es, sheriff. Usted debe saberlo. Estuvo en la Segunda Guerra Mundial.

Holland cogió una y me la enseñó.

—¿Cree usted que estas orejas aún pueden oír?

—No —contesté.

—¿Está seguro?

—Sí —respondí—. Los muertos ni oyen ni ven.

—¿Y qué hacen, sheriff?

—Simplemente desaparecen.

Holland puso la oreja con el resto y las dejó sobre la mesa como si fueran su apuesta en una partida de póquer.

—Algunos decían que era algo terrible arrancarle la oreja a un muerto —dijo Holland—. Según lo veo yo, quitarle la vida a alguien era mil veces peor, y, en cambio, a mí me dieron varias medallas por ello.

Holland cogió las orejas una por una y las guardó en la bolsita.

—Estas pequeñas me impedirán olvidar lo que hice allí. No me tomo a la ligera el haber matado, pero tampoco temo reconocerlo. Lo único que hice fue obedecer órdenes.

Holland se guardó la bolsa en el bolsillo.

—¿Qué fue lo que se trajo usted, sheriff? —preguntó Holland.

—Una espada y un rifle —respondí—. Nada parecido a lo que tú tienes ahí guardado.

Entonces Holland Winchester pronunció las últimas palabras que le oí decir.

—Cuando empiezan los tiros, a algunos se les da mejor salvar el pellejo, ¿no cree, sheriff?

Esas fueron las palabras que recordé, dos semanas más tarde, cuando Bobby interrumpió mi almuerzo.

—Holland Winchester ha desaparecido —dijo Bobby—. A su madre se le ha metido en la cabeza que lo han matado.

Bobby parecía esperanzado.

—No creerás que somos tan afortunados, ¿verdad? —comenté.

—Probablemente no —respondió Bobby, mientras el tono esperanzado de su voz daba paso a un notable fastidio—. La camioneta de Holland está en la granja. Dudo que pudiera llegar a ningún bar desde allí sin ella. Tal vez esté durmiendo la mona en algún rincón. Quizá junto al río. Le dije a la anciana que nos llamara si aparecía.

—Esperaremos un par de horas a ver si vuelve a casa —resolví—. Si no, subiré y echaré un ojo por allí a ver qué pasa.

Janice, sentada a la mesa de la cocina, dio un ligero respingo cuando dije lo de «echar un ojo» («jerga de paletos», lo llamaba Janice). Sin embargo, así hablaba la mayoría de los habitantes del condado de Oconee. La gente se tranquiliza cuando le hablas, y un sheriff pasa mucho tiempo intentando que la gente se tranquilice.

Janice llevaba una falda azul oscuro y una blusa blanca. Aquella tarde tenía otra reunión, con las amigas de la biblioteca, la HRA¹ o algo por el estilo.

¹ DAR (Daughters of American Revolution) en el original («Hijas de la Revolución Americana»). Se trata de una organización patriótica estadounidense reservada a mujeres, cuyos miembros son seleccionados de acuerdo a su línea

—Nos han notificado la desaparición de una persona en Jocassee —comenté—, así que quizá no esté de vuelta a la hora de la cena.

—Está bien —respondió Janice sin levantar la vista de la mesa—. De todas formas, yo tampoco estaré aquí. Franny Anderson me ha invitado a cenar con ella después de la reunión.

Me agaché para besarla.

—No —replicó—. Me estropearás el pintalabios.

Volví a la oficina y esperé a que llamara la madre de Holland. Como nadie llamó, subí al coche patrulla y cogí la autopista 288 hacia Jocassee, en dirección al que años atrás había sido mi hogar. Según la radio hacía más de 38 °C al sur del estado, en Columbia. La canícula golpeaba con fuerza, decía el locutor. Aunque conducía con la ventanilla bajada, tenía la camisa pegada a la espalda desde que salí del pueblo. El aire estaba cargado de humedad, y el trazado de la carretera era sinuoso. A ambos lados del camino había carteles de la campaña electoral clavados en el suelo como palos de tomateras. Algunos eran del general Eisenhower o Adlai Stevenson², e incluso vi uno de Strom Thurmond. La mayor parte eran de candidatos locales, incluidos un par de ellos con mi nombre.

El desnivel era cada vez mayor y sentí cómo aumentaba la presión en mis oídos hasta que abrí la boca. La carretera rodeaba el monte Stumphouse, y al otro lado de los quitamiedos pintados de color plata la tierra desaparecía como en esos viejos mapas europeos de los tiempos en que se representaba el mundo aún por explorar. De haber estado a finales de otoño o en invierno habría visto una blanca columna de agua cayendo desde el extremo de la garganta, una cascada en la que habían perdido la vida dos personas en los últimos veinte años.

El terreno se hizo más llano y de repente aparecieron las montañas. La vista me pilló desprevenido igual que me ocurría siem-

genealógica, y que se dedica activamente a la educación y a la preservación de la historia del país. (*Todas las notas son del traductor*).

² Ambos candidatos se enfrentaron en las elecciones presidenciales de 1952 y 1956, resultando Eisenhower vencedor en ambas ocasiones.

pre. Que el paisaje pudiera cambiar tan bruscamente en cuestión de pocos kilómetros nunca dejaba de sorprenderme. Seguía haciendo calor, pero la agobiante humedad se había reducido. Cada vez había menos pinos, que eran reemplazados por fresnos y robles. También la tierra era diferente —ya no era roja, sino negra, y más rocosa y difícil de cultivar para ganarse la vida—.

Las culebras negras que colgaban muertas de los cercados me confirmaron lo que ya suponía, que el maíz y el tabaco se marchitaban en los campos. Aquí había llovido tan poco como en Seneca. Pensé en cómo estarían las cosechas de mi padre y de mi hermano, aunque imaginé que no estarían mucho mejor. Salí de la carretera al llegar a la tienda de Roy Whitmore y aparqué junto a la señal que decía: «ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA REPOSTAR EN 30 KILÓMETROS». Pasé junto a unos tipos que mataban el tiempo sentados en cajas de Cheerwine y Double Cola. Con sus cabezas calvas y sus cuellos arrugados parecían tortugas tomando el sol en tocones de árboles muertos. Los hombres me saludaron al verme llegar pero la cánicula les había quitado las ganas de hablar. Metí la mano en el enfriador de bebidas del porche de entrada y el hielo me dejó los dedos insensibles antes de que consiguiera pescar una botella. Aunque no tenía sed, no me pareció correcto entrar sin comprar nada. Cuando entré, el local estaba mucho más oscuro, pero no más fresco.

La tienda tenía más o menos el mismo aspecto de siempre. El mostrador delantero estaba repleto de todo tipo de artículos, desde anzuelos de pesca Eagle Claw hasta analgésicos Goody. Sobre el mostrador había un gran tarro de encurtidos con huevos en vinagre que se apretujaban contra el cristal como enormes globos oculares. Junto a la caja registradora había otro tarro lleno de barras de regaliz negro.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó Roy sonriendo mientras salía del mostrador para estrecharme la mano.

Hablamos de cosas sin importancia durante unos minutos. En cuanto mis ojos se acostumbraron a la oscuridad vi el puma disecado en la pared del fondo —con su garra en alto dispuesta a atacar y sus resplandecientes ojos amarillos—, donde llevaba colgado tres décadas, y debajo de él varias pilas de sacos de veinticinco kilos de grano de maíz DeKalb.